

## Samuel Huntington, o el regreso de la fatalidad en la historia

PASCAL BRUCKNER

Contrariamente al optimismo oficial, las ideologías nunca mueren; desaparecen un momento, se transforman y renacen de sus cenizas ahí donde no se las espera. A este respecto, Estados Unidos es, para ciertas utopías venidas de Europa, una tierra de renovación. Estas encuentran ahí una segunda vida, tras haber desaparecido de su suelo natal, como si cruzar el Atlántico tuviese el valor de una resurrección. Indiscutiblemente existe una frescura norteamericana en materia de teoría; ahí se atreven a retomar sin vergüenza tesis abandonadas desde hace mucho tiempo en el Viejo Mundo, y estos revivals que ven de lejos nuestro pasado con su modernidad extrema, tienen algo que confunde y es vivificante a la vez.

En 1989 Francis Fukuyama, calzándose las botas de Hegel, anunciaba con gran estruendo el fin de la historia y el triunfo planetario de la democracia liberal. Su sucesor, Samuel P. Huntington, profesor de Harvard, responsable del Instituto de Estudios Extranjeros John M. Olin, se inspiró, por su parte, en Spengler y en Toynbee para describir la reorganización del orden mundial alrededor del choque de las civilizaciones.<sup>1</sup> Retomando y ampliando un artículo aparecido en el verano de 1993 en la revista *Foreign Affairs* que había armado gran revuelo,<sup>2</sup> el autor –cuyo libro fue en Estados Unidos un best-seller inmediato, y que es escuchado por la Casa Blanca– desarrolla una tesis a la vez simple y perentoria: "La próxima guerra mundial, si la hay, será una guerra entre civilizaciones." En el universo de la posguerra fría, las grandes divisiones ya no son económicas o ideológicas, sino culturales. El equilibrio del planeta depende, de ahora en adelante, de seis o siete grandes civilizaciones que se reparten a la humanidad: el Islam, China, la India, Japón, la religión ortodoxa, África y Occidente. De ahora en adelante, es la identidad cultural basada en una herencia, una lengua y una religión comunes la que define para cada uno el lugar del amigo y del enemigo. A la vieja pregunta anterior a 1989: "¿De qué lado se sitúa usted?", ha sucedido la de "¿Quién es usted?". Y sobre todo: "¿Quién no es usted?"

En realidad, el objetivo de Huntington es el de acabar con la diplomacia de los derechos del hombre y exigir a Occidente que nunca intervenga en los asuntos de las otras sociedades. Si el respeto a las diferencias es la mejor garantía para la paz, la injerencia occidental en Asia o en África, por el contrario, "es probablemente la única fuente, y la más peligrosa, de inestabilidad y de conflicto potencial global en un mundo de múltiples civilizaciones".<sup>3</sup>

Un principio de explicación global

Detrás de un tono profético que no pediría nada a los marxistas del gran periodo, Huntington nada en busca de una nueva visión del mundo. Desea ofrecer a sus

contemporáneos, desorientados desde la desaparición de los bloques, la clave que les permitirá actuar y ver claro. Reconozcámonle el gran mérito de retomar un lugar común para darle una nueva amplitud. A la euforia de Fukuyama se opone una constatación de la desilusión general: las democracias retroceden, las dictaduras se refuerzan, los fundamentalismos religiosos se intensifican, los conflictos sangrientos se multiplican, y China se coloca cada vez más como el único rival de los Estados Unidos: "En la escala global, la civilización está cediendo al mundo a la barbarie en muchos aspectos, generando la imagen de un fenómeno sin precedentes, una edad de las tinieblas global que tal vez descende sobre la humanidad."<sup>4</sup> El momento de Huntington es un momento de reflujo, de pesimismo histórico, de depresión posttotalitaria, cuando retrocede la creencia en el contagio espontáneo del régimen pluralista. Como muy bien lo dice él, la ideología del fin de la historia es obra de una sociedad en decadencia, mientras que la violencia continúa dominando el muy primitivo sistema de las relaciones internacionales. Con un poco de provocación, Huntington barre de un manotazo el análisis sobre el Norte y el Sur: no tenemos nada que temer de los pobres, que son demasiado débiles. No son los desheredados, sino los burgueses, los cuadros, los científicos, preocupados ante todo por reafirmar la superioridad del Islam sobre Occidente, quienes forman el grueso de las tropas del integrismo.<sup>5</sup>

De la misma manera, y en contra del optimismo neoliberal, él no ve en los intercambios económicos el cemento infalible que unirá a los hombres. La economía pone a la gente en contacto, no de acuerdo,<sup>6</sup> trastorna los equilibrios, aumenta los miedos y los deseos, y suscita "el conflicto, tanto como las ganancias". El sueño de una aldea planetaria unida por la comunicación y el flujo de mercancías es entonces una quimera sin fundamento.

Y es que la gran novedad de nuestro tiempo es que los pueblos no occidentales se han vuelto por fin los amos de su destino; han terminado de dar vueltas alrededor de nosotros, de vernos como modelos infalibles. Se desarrollan a partir de sus propios valores culturales, y no de los nuestros, y dicen a cada instante: "Seremos modernos, pero no occidentales." Nosotros los europeos y los norteamericanos nos creemos el centro del mundo; en realidad, estamos en trance de ser eclipsados. Hay algo de ironía en la manera en que Huntington baja los humos de la arrogancia norteamericana, y le recuerda a la Roma de allende el Atlántico que no hay sino un paso del Capitolio a la roca Tarpeya. El demuestra así, apoyado en cifras, que la parte del inglés en el concierto de las lenguas vivas ha disminuido, pasando del 9.8% en 1958 al 7.6% en 1992, en beneficio del árabe, el español y diversas variantes del chino. El crimen, las drogas, el fin de la ética laboral, la desintegración del tejido social, la destrucción de la familia, han transformado a los Estados Unidos en un gigante de pies de arcilla, al que la victoria sobre el imperio soviético ha dejado en estado de agotamiento.<sup>7</sup> Norteamérica no es, desde este punto de vista, más que el espejo de un Occidente que se va a pique, víctima del desempleo, la violencia, el crecimiento indolente, y sobre todo de una demografía en caída constante: representaba el 30% de la población mundial en 1900, el 13% en 1983, y no deberá rebasar apenas el 10% en 2025. En suma, nos creemos fuertes, pero somos débiles y estamos en plena decadencia. Este destino minoritario del Occidente que ha perdido fuerza e influencia implica un futuro de tensiones en el que la alternativa no será más la oposición Este-Oeste, sino la de Occidente contra todos los demás (The West and the rest).

Huntington, con una habilidad de descubridor, olisquea nuevas disensiones, nuevas líneas de fractura ahí donde los discursos oficiales no discernen más que la armonía. El ofrece una cuadrícula, sin duda imperfecta como él mismo lo admite, pero que por sí sola permite seleccionar lo importante y lo accesorio, y evitar un nuevo enfrentamiento planetario entre civilizaciones: "El mundo es tal vez caótico, pero no carece totalmente de orden.<sup>8</sup> Al observar el globo desde el ángulo del único paradigma cultural, al entregar a los pueblos su peso en carne y memoria, Huntington cree manifestar la virtud política por excelencia, la prudencia, "esta facultad de dirigirse en la historia" (Cornelius Castoriadis).

### Un antiimperialismo paradójico

En apariencia, Huntington resucita todos los grandes temas del tercermundismo de los años 1960-1970: denuncia del imperialismo occidental que oculta la defensa de sus intereses bajo los oropeles de la libertad, crítica acerbamente al FMI, brazo financiero de Estados Unidos cuya única ambición consiste en imponer su economía a las otras sociedades,<sup>9</sup> negación de los derechos del hombre que no son más que los derechos del hombre blanco judeocristiano, rechazo a la monocultura occidental que asfixia las diversidades bajo el conformismo del *american way of life*.<sup>10</sup> Occidente es violento por naturaleza, y es por ello que las otras civilizaciones, traumatizadas por siglos de colonialismo, no lo quieren más; no ha conquistado el mundo por la justicia de sus valores o la grandeza de sus aspiraciones, sino por su superioridad en "la aplicación de la violencia organizada".<sup>11</sup> Dicho de otra manera, no hay una Ir "civilización universal", sino en el lenguaje de los dominadores que quieren elevar sus particularismos al tamaño del mundo: "los no occidentales ven como occidental lo que Occidente considera universal"<sup>12</sup> y por haber sostenido este concepto, Naipaul y Fouad Adjami se hacen llamar "negros blancos", según la expresión de Edward Said que Huntington retoma por su cuenta.

En realidad, su antiimperialismo no es el de Lenin, o el de Franz Fanon, sino el de Spengler. Sabemos que para este último, el expansionismo no es un signo de superioridad, sino por el contrario, de debilidad; un "símbolo típico del final".<sup>13</sup> No sólo toda cultura degenera en civilización, sino que toda civilización agoniza en el imperio: "Imperialismo y civilización pura. El destino de Occidente está en este fenómeno irrevocable. La energía del hombre culto se dirige hacia adentro, la del civilizado hacia afuera."<sup>14</sup> Es la fatalidad de una cultura en su ocaso la de morir expandiéndose a su alrededor; gana en extensión lo que ha perdido en intensidad y en recogimiento. En todos los casos, la voluntad de dictar la conducta del resto del universo es nefasta y Occidente debería, para salvarse, retornar a la conciencia de su particularidad: "Hoy pensamos en continentes. Sólo nuestros filósofos y nuestros historiadores lo ignoran todavía. ¿Qué pueden significar para nosotros los conceptos y las perspectivas que aspiran a un valor universal, y cuyo horizonte acaba en la frontera espiritual de la Europa occidental?"<sup>15</sup>

De igual manera, para Huntington el imperialismo es el abismo en el que todo Occidente puede caer. Si fustiga con semejante constancia a la diplomacia de la ONU y a la norteamericana, no es para oponer como antes la barbarie de un norte ahído a la insurrección de un sur destruido; es, al contrario, para llamar al rearmamiento de Occidente, al reforzamiento de su cooperación bajo la égida exclusiva de los Estados Unidos. La amenaza del desorden se invoca sólo para justificar un retomar las riendas. Para

los antiguos esclavos, el tiempo del despertar –que es también la hora de la revancha– ha llegado, y aquello es lo que nosotros, descendientes de pillos y de conquistadores, debemos temer por encima de todo.

Detrás de la retórica flamígera se esconde entonces un pesimismo fundamental, propio de todas las doctrinas reaccionarias. La universalidad del hombre no existe, las diferencias culturales y religiosas son irreductibles, cada uno debe permanecer en su casa y la paz mundial quedará asegurada. Como la herencia genética, la civilización es una prisión de la que uno no se evade. Recordemos que en el siglo xix los indígenas nos parecían tan distintos de nosotros, que se consideraba imposible inculcarles el modelo europeo, o incluso otorgarles la ciudadanía francesa (como en Argelia). Percibida como imperfección, la diferencia "empujaba a los políticos coloniales a esforzarse por conservar los arcaísmos, a aliarse a los conservadores indígenas, a denunciar en los intelectuales nacionalistas –fueran reformistas o revolucionarios, socializantes o no– a pálidos imitadores de Europa, empujados por ideas abstractas y mal comprendidas a destruir su propio patrimonio".<sup>16</sup> También para Huntington la humanidad es una palabra vacía de sentido. El no conoce más que humanidades que viven lado a lado en la hostilidad o el desprecio, como las fieras en una misma jaula. Para él, como para Spengler, quien dice cultura dice destino: cada quien tiene su individualidad propia y conoce un modelo de crecimiento, de madurez y de decadencia; cada uno sufre autodenigración o reconquista su autoestima (selfesteem), por el contrario, a la manera de una persona o de una minoría. De ahí esta voluntad del autor de construir un estereotipo de cada civilización, y de atenerse a él de una vez por todas: China es autoritaria, Rusia despótica, el Islam agitado y sangriento. Ninguna censura en esas constataciones: son hechos tan irrefutables como el movimiento de las mareas o la rotación de la Tierra sobre su eje. En cuanto al Occidente que ha inventado la democracia y los derechos del hombre –los cuales constituyen su folklore, su exotismo propio– sólo vale ser único y no universal;<sup>17</sup> de ahí la responsabilidad que nos corresponde de no remoldear las otras sociedades a nuestra imagen sino, a la inversa, preservar lo que hay de singular en nosotros.

Es por eso que Huntington aparta su cólera para aquellos laicos, demócratas, mestizos de sangre mezclada, que intentan enturbiar esta imagen y lanzan puentes entre realidades diferentes. "Un puente es una creación artificial que une dos entidades sólidas sin formar parte de ninguna."<sup>18</sup> No podemos saltar por encima de nuestra identidad y abrigar en nosotros mismos mundos divergentes, sin quedar desmembrados y ser infelices. En nombre de este principio, el autor recurre al abandono por parte de Turquía de la herencia laica de Atatürk, tan extraño al espíritu de esta gran nación como el apartheid al África del Sur.<sup>19</sup> Turquía debe cesar de llamar a la puerta de Europa como un mendigo, ya que ésta no es más que un club cristiano (o más bien católico-protestante), y encontrar su papel histórico de faro del Islam. Paralelamente, él desea la victoria de los barbudos en tierra musulmana, de los representantes de la autenticidad<sup>20</sup> expuestos a las élites corrompidas que intentan imponer a los hijos del Profeta usos y costumbres extranjeros. (La negativa a distinguir entre integristas y moderados en Egipto, en Jordania o en Argelia es una de las perfidias de este libro, sobre todo cuando los segundos son presentados como lacayos de Occidente). El mundo árabe-musulmán, precisa el autor con regocijo, es alérgico a la democracia desde el siglo xix y lo seguirá siendo pase lo que pase.<sup>21</sup> Sólo el "resurgimiento islámico", animado por el boom del petróleo, permitirá al Islam,

"convencido de la superioridad de su cultura, y obsesionado por la inferioridad de su poder"<sup>22</sup> triunfar sobre aquellos que lo han humillado. Finalmente, la oposición en Rusia entre eslavófilos y occidentalistas le parece contra natura: Moscú debe deshacerse de toda influencia europea y convertirse en el guía universal de la ortodoxia. "Europa acaba donde se termina la cristiandad y donde comienzan el Islam y la ortodoxia."<sup>23</sup>

Entonces es importante no introducir el virus occidental en las sociedades indígenas, bajo el riesgo de acarrear una esquizofrenia lamentable. El virus, "una vez alojado en otra sociedad es difícil de expulsar. Persiste, pero no es fatal; el enfermo sobrevive, pero nunca en perfecta salud. Los dirigentes políticos pueden hacer la historia, pero no pueden escapar a la historia. Producen países desgarrados, no crean sociedades occidentales. Infectan su país con una esquizofrenia cultural que se convierte en su característica."<sup>24</sup>

En lugar de que la cultura sea un medio de desprenderse de la naturaleza, constituye, por el contrario, como en el nacionalismo alemán, el colmo del determinismo. (Es el mismo tercermundismo reaccionario que empuja a ciertos intelectuales a apoyar los extremismos religiosos en Argelia, en el nombre de la conformidad natural de estas formaciones a la historia del país, o a ciertos sociólogos y etnopsiquiatras a alentar la excisión en las niñas pequeñas y la poligamia entre los inmigrantes africanos en Francia, para evitarles el traumatismo del extrañamiento de su país. El apartheid puede adoptar todos los rostros, incluido el del respeto). Por más que Huntington dice que cultura no es raza y no tiene nada que ver con el color de la piel o la forma del cráneo –la gente de razas diversas puede pertenecer a una misma civilización–,<sup>25</sup> le otorga el mismo carácter de fatalidad inexorable. Con la verdadera fascinación del conservador por el despotismo oriental (que en Francia encontramos en un Alain Peyrefitte), el autor cita a una de sus referencias favoritas, Lee Kuan Yew, primer ministro de Singapur: "Somos chinos étnicos, compartimos ciertas características a través de una cultura y de ancestros comunes [...] La gente siente una afinidad natural con aquellos que comparten sus atributos físicos."<sup>26</sup> El mismo Huntington había escrito poco antes: "Cuando se enfrenta una crisis de identidad, lo que cuenta, para la gente, es la sangre y la creencia, la fe y la familia."<sup>27</sup> La sangre entonces no sabría mentir; hay ellos y nosotros, y es en el nombre de ese tribalismo fundamental que los países no europeos deben rechazar la "intoxidentalización" (westoxification), reafirmar como el Islam su vitalidad original contra la cultura relativista y degenerada del Occidente.

Hay que cerrar lo más pronto posible las heridas abiertas por el colonialismo europeo y regresar el mundo al "estado en que se encontraba en el amanecer de los tiempos modernos".

Dime a quién odiar

De paso, Huntington, llevado por su espíritu de sistema, habrá enunciado algunos disparates: por ejemplo, que Alemania es un "país católico", lo cual explica su apoyo a Croacia por solidaridad confesional,<sup>28</sup> que Grecia no forma parte de Europa y de su civilización a causa de su naturaleza ortodoxa,<sup>29</sup> que la explosión demográfica en Chechenia explica la inquietud de los rusos y justifica de alguna manera su expedición

guerrera<sup>30</sup> (recordemos que los chechenos son un millón y los rusos ciento cincuenta millones), que la agresividad natural de los musulmanes bosnios ha empujado a los croatas y a los serbios a hacerles la guerra<sup>31</sup> -mientras que, a la inversa, los bosnios han dado un enfrenón para no entrar en el conflicto y se han resuelto a tomar las armas a pesar de ellos. Finalmente, el autor se indigna por el apoyo norteamericano a Bosnia, "anomalía anticivilizacional", que contradice "el esquema de otro modo universal del país hermano que ayuda al país hermano", anomalía que él explica por la ingenuidad y el idealismo norteamericanos, los cuales lo ponen furioso. Pagaremos caro, advierte, esta intervención de orden sentimental que será tal vez el preludio de una confrontación más sangrienta, al igual que la guerra de España precedió a la segunda guerra mundial.<sup>32</sup>

Y es que Samuel Huntington, como buen doctrinario, ama los hechos a condición de que confirmen su teoría; si no, los tuerce o los interpreta en el sentido deseado. Está a la búsqueda del enemigo perfecto que justificará nuestro existir, del monstruo absoluto frente al que Occidente no tendrá otra alternativa que reunificarse, si es cierto "que tener una identidad, es en principio rechazar a aquellos que no la tienen [...]. Sabemos quiénes somos cuando sabemos quiénes no somos, y a menudo cuando sabemos contra quien estamos".<sup>33</sup> A partir de esta definición puramente negativa, concluye que "es humano odiar. Para definirse y motivarse, la gente tiene necesidad de enemigos: competidores en los negocios, rivales en la persecución de un mismo fin, oponentes en política L.], estos 'ellos' contra 'nosotros', en el mundo contemporáneo, son del modo más evidente las gentes de otra civilización" <sup>34</sup> Huntington ve a este adversario implacable y merecedor de odio bajo la doble índole de la alianza islamoconfuciana. Las dos civilizaciones están orgullosas de existir, las dos abrigan frente a Occidente un resentimiento duradero. Desde 1990, innumerables transferencias de armamento convencional y no convencional se han operado desde China y Corea del Norte hacia Pakistán, Irán, Irak, Siria, Libia y Argelia. Huntington, como buen hijo de Spengler y de Hollywood, ilustra esto al final del libro con un argumento de cine imaginario:

En 2010, China invade Vietnam para avasallararlo. Los americanos, inquietos por esta voluntad de hegemonía, se entrometen. La India lanza un ataque sorpresa sobre Pakistán. Todo el Medio Oriente despierta, Israel es borrado del mapa. Japón, en principio neutro, se coloca del lado de sus "hermanos de sangre", los chinos. Los rusos, inquietos por la lenta invasión de Siberia por parte de las "hordas amarillas", entran en la batalla. La Europa dubitativa termina por aliarse con los Estados Unidos, Irán despliega misiles en Argelia; Grecia y Bulgaria penetran a Turquía, un cohete nuclear lanzado desde Argel explota sobre Marsella. En represalia ¡la OTAN responde con bombardeos masivos sobre Africa del Norte! Conclusión de nuestro doctor Folamour: "Los choques peligrosos en el futuro nacerán probablemente de la interacción entre la arrogancia occidental, la intolerancia islámica y el autoritarismo chino."<sup>35</sup> En consecuencia, manténganse alejados de los asuntos ajenos. Si China quiere avasallar a sus vecinos, cierren los ojos,<sup>36</sup> dejen a los grandes devorar a los pequeños y la paz del mundo quedará asegurada. No sigan más que una regla, aunque sagrada: "la regla de la abstención".<sup>37</sup>

Las consideraciones morales, el respeto a la dignidad del prójimo, las masacres colectivas, nada se sostiene frente a un hecho fundamental: la posibilidad de un choque entre las civilizaciones, generador de un holocausto nuclear. Huntington, que critica el

multiculturalismo en su país porque rompe la unidad de la nación, hace a la escala del planeta lo que éste hace en la escala de Norteamérica: la celebración de las herencias, cualesquiera que éstas sean, la denuncia de la preponderancia occidental. El se contenta con poner en escena la variedad de los puntos de vista chino, musulmán, budista, africano, sin juzgarlos o jerarquizarlos. A cada quien su barbarie. Cultivando la duda absoluta con respecto a la posibilidad de unir al género humano, saluda con una misma lealtad la sucesión de identidades, de dondequiera que surjan. El mapa del mundo, con él, no es ya más una ensalada, sino una marquetaría en la que cada pieza debe estar bien separada de las otras. Para este pensamiento de la diferencia como haber y título de propiedad, cada civilización combina la representación de una particularidad y la idea de una legitimidad. El principio intangible de la no confusión de las culturas hace que cada pueblo deba defender a cualquier precio su integridad. El único valor que trasciende estas singularidades es el miedo que inspiran unas a las otras, y que debe constreñirlas a la prudencia. La paz sin los derechos del hombre, o el terror con ellos: tal es la alternativa. Huntington fragmenta el espacio jurídico en tantos derechos como colectividades existen. El respeto a la diversidad cultural le sirve de moral. No espera poner fin al estado salvaje entre las naciones; se preocupa por contenerlo, por no agravarlo hasta la ruptura. Parodiando a Hegel, se podría decir que con él cada cultura persigue la muerte de la otra, y que todas quieren la destrucción de Occidente.

#### El vértigo del panorama

¡Ay! Incluso el enemigo no está seguro y el demonio nos juega a veces la jugarreta de escapar a su propia invocación. Huntington, deseoso de probar lo que adelanta, no deja de ofrecer argumentos para su propia refutación. Permanece dividido entre la dirección general de su tesis, que lo constriñe a ahogar todo en una misma globalidad, y el análisis minucioso de cada situación que lo obliga a matizar, a pesar los pros y los contras. Así, China y el Islam no son aquellos monolitos que nos había presentado en un principio. El Imperio del Medio Oriente bien podría, mediante el golpe de la prosperidad, evolucionar hacia una cierta forma de pluralismo y de paz,<sup>38</sup> pero también entrar en colisión con Rusia, la India o Vietnam.<sup>39</sup> El Asia toda entera podría conocer reveses económicos y sucumbir bajo los movimientos secesionistas, las insurrecciones. En lo que respecta al "resurgimiento islámico", en el que ve el equivalente de la Reforma, éste está en riesgo de fracasar en términos de justicia social, de desarrollo económico, de poderío militar, lo que favorecería un reaceramiento a Occidente y pasar del estado casi de guerra al de paz fría.<sup>40</sup>

Otros han subrayado ya el simplismo y la ignorancia de las propuestas de Huntington.<sup>41</sup> Pero la multitud de variantes que él contempla prueba que existen tantas excepciones a su regla como confirmaciones. Uno se pierde con él en un fárrago de cuadros, estadísticas, citas, que a fuerza de querer probar demasiado, anulan el propósito. Incluso la conexión islámico confuciana permanece como algo frágil, tiene pocas probabilidades de fonnarse en lo inmediato,<sup>42</sup> en tanto los chinos siempre han sido reticentes a formar alianzas con otros países<sup>43</sup> En cuanto a la famosa decadencia de Occidente, punto de apoyo de la demostración, ésta podría tomar hasta cuatrocientos años<sup>44</sup> lo cual permite al autor sustraerse a toda prueba, a toda refutación.

Obligado a decir una cosa y su contrario, es decir, a adaptarse a la complejidad del mundo, Huntington debería aceptar humildemente que ignora, al igual que nosotros, lo que ocurrirá en el futuro, que trabaja sobre hipótesis múltiples y contradictorias y que, finalmente, el principio de incertidumbre continúa gobernando las relaciones internacionales. Pero él se desliza constantemente de la proyección a la predicción y no conoce más que un tiempo verbal, el futuro, el modo profético por excelencia. Se le podrían aplicar estas apalabras de Alain Besancon sobre Lenin: "Cree que sabe, no sabe que cree." ¿Y si la sabiduría consistiese hoy en día en no tratar de pensar el mundo en su totalidad, no ceder al vértigo del panorama, que fue tan dañino para la inteligencia europea? Una postura teórica errónea no se vuelve más verdadera porque cruza el Atlántico.

### La nostalgia de la unidad perdida

Llamando a una nueva cruzada, Huntington tiende a militarizar las civilizaciones, a hacer de cada elemento cultural, religioso, ritual, un arma o un pretexto de enfrentamiento. Propaga el espíritu de la guerra a todos los momentos de la vida, y al igual que aquellos pacientes que proyectan su agresividad sobre los otros, ve un enemigo potencial en toda tribu que no sigue nuestras costumbres. No sólo erige la diferencia como un absoluto, sino que ésta es inmediatamente fuente de hostilidad. Excepto en las últimas páginas del libro, en las que concede que las grandes civilizaciones comparten un saber común, no se le ocurre que éstas pueden dialogar en lugar de combatirse. Ya que no toda tensión es beligerancia. Las líneas de fractura son también líneas de paso y si tal vez tenemos que temer a China, tenemos también mucho que aprender de ella, al igual que de la India, o de ciertas corrientes del Islam. Entre la confusión y la sordera, existe esta dimensión de la buena distancia, que permite hablarse sin negarse, escucharse sin mezclarse. Al igual que la apología de los erizos en Schopenhauer, que cuando están demasiado cerca se hieren con sus púas, y cuando están demasiado lejos entre sí tienen frío y deben encontrar la distancia justa para estar juntos sin incomodarse. La diversidad de credos y de costumbres engendra simultáneamente inquietud y curiosidad, el otro irrita al tiempo que fascina. Y si bien las colectividades humanas se comunican en la discordia y el malentendido, también conversan a través de choques fecundos, de felices mestizajes e incluso de contrasentidos ricos en perspectivas.

La historia ha probado, por otra parte, que cualquier distinción racial, religiosa o étnica puede volverse una fuente de lucha y poner a una comunidad en contra de otra. La idea de que hoy en día no peleamos entre nosotros, entre los miembros de una misma familia o de un mismo credo, queda desmentida por toda la actualidad. Inclusive ser parecido puede ser motivo de odio implacable, como lo prueban los ejemplos de Ruanda y de la ex Yugoslavia, donde la lucha de independencia se redobló, y pasó a ser una guerra feroz del cercano contra el cercano, de quienes, católicos, musulmanes u ortodoxos, comparten con el otro una lengua y unas costumbres idénticas.<sup>45</sup> En lo que respecta al conflicto indopakistaní, él opone dos variantes de una misma cultura dividida entre dos creencias (las cuales influyen la una a la otra, ya que el Islam paquistaní conoce por su parte también un sistema de castas). Contrariamente a lo que piensa Huntington, "el narcisismo de las pequeñas diferencias" (Freud) no ha terminado de hacer sus estragos, inclusive en la Europa occidental, donde florecen las reivindicaciones de identidad y las



regionalistas. Y las guerras entre quienes son cercanos son tan crueles y mortíferas como los choques entre culturas.

Y es que no existe unidad o pureza de civilizaciones, las cuales son siempre conjuntos heridos o divididos. Inclusive la cohesión de Occidente es problemática y oculta mal las rivalidades entre el Viejo y el Nuevo Mundo, y al interior del primero, entre el norte protestante y el sur católico, entre pequeños y grandes países que son siempre sospechosos de tener una voluntad imperialista. ¿Qué son las relaciones entre Francia y Alemania, sino la más grande proximidad geográfica y el mayor alejamiento cultural, viviendo codo con codo? Un demócrata, escribe Huntington, podía discutir con un marxista soviético, y no podría hacerlo con un ruso ortodoxo paneslavo, porque no hablarían la misma lengua.<sup>46</sup> Eso es olvidar que la resistencia a las ideas de la Ilustración fue al principio más fuerte entre monárquicos y republicanos, conservadores y revolucionarios; nosotros también tenemos nuestros integristas, nuestros pasadistas, y el debate entre tradición y modernidad atraviesa toda la historia de la filosofía europea, por lo menos desde la Revolución. Toda cultura está en guerra consigo misma, atraviesa por dilemas, por exigencias contradictorias. También en cada uno de nosotros ocurre "el choque de las civilizaciones", y la modernidad democrática no es otra cosa que una interminable confrontación consigo misma y con las demás formas de ser colectivas.

Al rebajar la política y la economía a la cultura, al reducir ésta a la fijeza étnica, a la herencia inamovible, Huntington olvida que las fronteras se desplazan, que las identidades se alteran, se mezclan. El hecho de ser eslavos del sur no ha impedido a croatas, bosnios y serbios nutrir proyectos políticos divergentes, unos que miran hacia Europa y otros hacia la resurrección de un mítico imperio bizantino. Siendo igualmente eslavos, los checos y los polacos se han sentido siempre atraídos por Occidente, y han temido la tutela de Moscú. La lógica de las afinidades no sigue forzosamente la de la pertenencia. La similitud de modos de vida o de idiomas no impide que un pueblo, en nombre de sus aspiraciones nacionales o de su propia imagen de sí mismo, pueda emigrar fuera de la esfera para la que parecía estar programado. ¿Rusia es oriental o europea? Esta cuestión no se puede decidir: es lo uno y lo otro, definitivamente irreconciliada. Y es también la riqueza de Turquía el estar dividida entre laicos y creyentes, llevar en sí esta abertura que constituye su singularidad. Hay que admitir que ciertos países permanecerán desmembrados, que obedecen a fidelidades plurales, las cuales, a menudo dolorosas, constituyen también una fuente de dinamismo, una indispensable polifonía. En otras palabras, uno no padece su herencia, uno la escoge; escogemos incluso modificarla, alejamos de ella ciertos componentes, conservamos otros. La tradición siempre es a la vez redescubierta y reinventada: la identidad es producto de una historia compleja, un punto de partida, y no una situación establecida de una vez por todas.

Finalmente, ¿cómo no ver que el odio a Occidente del que Huntington encuentra con justeza tantos signos es antes que nada odio a la emancipación y asimismo rencor anticolonial? Negar a Europa es en principio negar la liberación, la disgregación de las comunidades, el cuestionamiento de la autoridad y la tradición. La resistencia a los derechos del hombre ¿no prueba, por otra parte, que esos derechos han ya penetrado en todas partes y realizan su oscuro trabajo en el espíritu de los hombres, haciéndoles intolerable la tortura, la humillación, la servidumbre? Lejos de debilitarse, como piensa el

autor, no dejan de acentuar su presión, lo cual explica por qué China e Irán, por ejemplo, despliegan tesoros de energía para no ser condenados en el nombre de los derechos que fingen despreciar. Y cuando los chinos se dicen nacionalistas, esto significa que ya están occidentalizados, puesto que la nación fue inventada en Europa hace dos siglos. La hostilidad no impide el mimetismo, y el odio a Occidente se expresa cada vez más en un lenguaje occidental.

### El olvido del mundo

Por su indiferencia hacia un "espacio público a la escala del globo" (Habermas), el pensamiento de Huntington es sintomático de un estado del espíritu de las democracias, preocupadas por retirarse del mundo más que de comprometerse con él. Aquí se trata de un imperialismo por default: renunciar a defender las libertades y a "civilizar" al género humano, contentarse con comerciar e intercambiar entre las potencias. Ha desaparecido la voluntad de extender las Luces o de instaurar "un derecho cosmopolítico" a la escala de la Tierra entera (Kant). En este sentido, el culturalismo es la ideología de la pasividad: al erigir en regla de oro el respeto a los particularismos, "refataliza" el mundo, se conforma con compartimentarlo, privilegia un cierto orden sobre la justicia. La explicación culturalista no es sino otra forma de facilidad: la gente es lo que es, eternamente. Estaríamos equivocados si descuidáramos el peso de los determinismos, los caracteres antropológicos profundos. Pero estaríamos igualmente equivocados si nos atuviéramos a esta sola imputación causal. El mismo Huntington es un semifatalista: si niega a las poblaciones no occidentales los beneficios del pluralismo y la tolerancia, les otorga igualmente el derecho de acceder sin daño a la modernidad tecnocientífica. Y su obra, muy comentada ya en Teherán, podría convertirse en la biblia de todas las dictaduras, listas a excusar sus malas acciones en nombre de la defensa de las especificidades. Se comprenden las ventajas que un régimen tiránico o sanguinario podrá obtener de estas tesis cada vez que sea objeto de críticas: no nos juzguen, ustedes no pueden comprendernos puesto que pertenecen a otra civilización, sus prejuicios de occidentales los ciegan. La coartada cultural es casi siempre esgrimida por los autócratas o los demagogos (de Le Pen a Jirinovski) para justificar sus acciones en nombre de una hipotética salvaguarda de la identidad.

Samuel Huntington busca legítimamente un remedio al malestar moral de nuestras sociedades. Pero aquel que preconiza —el repliegue civilizacional— no haría sino agravar la tan temida decadencia. No es en la "traición de las Luces" (J.-C. Guillebaud), sino en la revivificación de sus principios por parte de todos que las democracias encontrarán la forma de regenerarse. La retirada frívola al prado cuadrado, esta "mentalidad de bunker", como ha señalado un crítico americano,<sup>47</sup> sellaría sin duda nuestra extinción. Me parece que el problema de las democracias occidentales reside más bien en su incapacidad de mantener las promesas que nos hacen, ya sea en el terreno de la igualdad, el reparto de la riqueza, o el acceso de todos a la educación.

¿Habría, por otro lado, que obedecer esta alternativa: cultura o derechos del hombre, diferencias o universalismo? ¿No vemos hoy en día una doble aspiración tanto a la libertad como a la identidad, al respeto a las raíces al igual que a las personas y a las minorías? ¿Por qué el hecho de haber nacido musulmanes, hindúes u ortodoxos nos volvería alérgico a cierto número de valores comunes a toda la humanidad? Los derechos del

hombre son análogos al Estado Norteamericano según su constitución: color blind, ciegos a las diversidades, capaces de acomodarse a todas. En ningún caso la celebración de las diferencias puede constituir una regla de vida: si existen tantas "morales como culturas",<sup>48</sup> ya nada domina por encima de esos conjuntos disparatados que se enfrentan en lo sucesivo unos con otros, como moléculas locas. Es tiempo tal vez de reconciliar a dos hermanos enemigos, las Luces y el Romanticismo, el llamado al desgarramiento por un lado y al arraigo por el otro, a fin de pensar al individuo a través de la sociedad, la libertad en la encarnación, lo universal en lo particular; todo esto sabiendo que este cara a cara no tendrá ni última palabra, ni solución.

Huntington tiene razón: el mundo se ha recompuesto. Han aparecido nuevos polos de poder en el Este y en el Sur, que relativizan la centralidad de Occidente. Siempre habrán otros, y hay que tomar en cuenta el hecho de que los chinos, los indonesios, los rusos y los iraníes participan con pleno derecho en el gran juego internacional. Verdaderamente la humanidad es hoy una y plural, ya que "la multiplicidad es el modo de existir de la unidad" (George Simmel). Es posible igualmente que mañana seamos, mediante un formidable retomo de boomerang histórico, colonizados por nuestros antiguos siervos; es posible a fin de cuentas que el Islam permanezca por naturaleza impermeable a la democracia. Al ver los sobresaltos con que se agita, podría ser que fuera exactamente lo inverso: que esté obsesionado por la inquietud de la modernidad a un grado insospechado. Hemos aquí convertidos dentro de poco en modestos Aufkleiber. Hemos aprendido la humildad, no creemos ya en la rápida propagación del régimen parlamentario en el planeta. Las resistencias están vivas, los retrocesos son numerosos también entre nosotros, y una ola de duda –tal vez provisional– parece invadir Europa y América, fuertes sin embargo a raíz de su victoria reciente sobre el totalitarismo soviético. Toca a cada pueblo desde ahora reinterpretar la democracia según su propio ritmo y mentalidad: tesoro espiritual común a todos los hombres, permanece como un horizonte, una "idea reguladora", siempre en estado incompleto. Pero reservarla a un continente y negarla a todos los demás en nombre de su exquisita singularidad no es más que una forma de racismo que no se atreve a decir su nombre.

El autor es escritor, su última obra publicada, *Les voleurs de beauté*, fue publicada por la editorial Grasset en 1997.

El presente artículo, escrito para la revista *Esprit*, núm. 237 de noviembre de 1997, es reproducido aquí con la autorización de esta publicación.

Traducción: Ana García Bergua.

#### Nota

1 Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Simon and Schuster, Nueva York, 1996.

2 La revista *Commentaire* consagró todo un número al artículo de Huntington en el verano de 1994 con las colaboraciones de Pierre Hasner, Daniel Bell, William Pfaf y André Fontaine, entre otros. Véase también la revista *Esprit* de abril de 1996, especialmente los artículos de Dariush Shayegan, Jean-Francois Bayart y Olivier Roy.

- 3 S. Huntington, op. cit., p. 312.  
 4 Ibid., p. 321. 57bid, p. 110-111.  
 6 Ibid., p. 215.  
 7 lid., p. 82.  
 8Ibid., p. 35.  
 9Ibid., p. 184. 10 Ibid., p. 318. 11 Ibid., p. 51.  
 12 Ibid., p. 66.  
 13 Oswald Spengler, *Le Déclin de l'Occident*, Gallimard, 1978, vol. I, p. 48.  
 14 Mid., p. 48.  
 15 Ibid., p. 34  
 16 Maxime Rodinson, *La Fascination de l'islam*, Maspero, 1980, p. 96-97.  
 17 S. Huntington, op. cit., p. 311.  
 18Ibid., p. 149.  
 19 Ibid., p. 175.  
 20 Hassan al-Turabi, el ideólogo del fundamentalismo sudanés, es una de las grandes referencias de Huntington.  
 21 S. Huntington, op. cit., p. 114.  
 22 Ibid., p. 217.  
 23 Ibid., p. 158. 24Ibid., p. 154.  
 25 Ibid., p. 42.  
 26 Ibid., p. 170. 27Ibid., p. 126.  
 28 Ibid., p. 282.  
 29 Ibid., p. 162.  
 30 Ibid., p. 260.  
 31 Ibid., p. 255.  
 32 Ibid., pp. 290-291.  
 33 Ibid., p. 21.  
 34 Ibid., p. 130. 35Ibid., p. 183.  
 36 Ibid., p. 316.  
 37 Ibid., p. 316.  
 38 Ibid., p. 238.  
 39 Ibid., p. 244.  
 40 Nada más en la página 121, el autor prevé simultáneamente un reforzamiento del sentimiento antioccidental entre los musulmanes, y un suavizamiento de las fricciones entre unos y otros. Esto en unas cuantas líneas; ¡rozamos la incoherencia!  
 41 Francois Thual ha demostrado que China no es confuciana y que existen cinco o seis formas de Islam ignoradas por el enfoque globalizador de Huntington. Es cierto que F. Thual no toma en consideración más que el artículo aparecido en *Foreign Affairs* en 1993. Véase F. Thual, *Les Conflits identitaires*, Ellipses, 1995, p. 166-167.  
 42 S. Huntington, op.cit., p. 240.  
 43 Ibid., p. 185.  
 44 Ibid., p. 83.  
 45 El genocidio de los tutsis en Ruanda, mencionado a la vuelta de una línea (S. Huntington, op. cit., p. 28), no es para él más que un pequeño choque tribal sin consecuencias. Como regla general, el autor otorga poco interés al Africa con la que, de modo manifiesto, no sabe qué hacer en su teoría.  
 46 Ibid., p. 142.

- 47 William H. McNeill, *New York Review of Books*, 9 de enero de 1997.  
48 O. Spengler, *op. cit.*, t. I, p. 327.

Índices de economía y finanzas  
Canadá, Estados Unidos y México (marzo 1998)

## INDICADORES

*Índices en economía y finanzas**Canadá, Estados Unidos y México (marzo 1998)*

Canadá			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q4 97	0.7	4.2
Indicador líder	Ene 98	0.1	1.3
Índice de precios al consumidor	Dec 97	-0.1	0.7
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	T4 97	-3.56	0.72
Tasa de desempleo	Dec 97	8.6	9.7
Tasa de interés	Feb 98	4.96	3.10

Estados Unidos			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q4 97	1.0	3.8
Indicador líder	Ene 98	-0.3	4.4
Índice de precios al consumidor	Ene 98	0.2	1.6
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	T3 97	-42.16	-42.83
Tasa de desempleo	Ene 98	4.7	5.3
Tasa de interés	Feb 98	5.54	5.37

México			
	periodo	Cambio porcentual respecto al anterior	
		periodo	año
Producto Interno Bruto	Q4 97	-0.4	6.6
Indicador líder	Ene 98	0.5	5.7
Índice de precios al consumidor	Ene 98	2.2	15.3
		periodo actual	mismo periodo en el año anterior
Balanza en cuenta corriente	T3 97	-2.55	-0.84
Tasa de desempleo	Ene 98	3.5	4.4
Tasa de interés	Ene 98	19.37	24.60

**Definiciones y notas**

**Producto Interno Bruto:** series en volumen. Ajustadas por temporada. **Indicador líder:** un indicador compuesto basado en otros indicadores de actividad económica (empleo, ventas, ingreso, etc). Señala movimientos cíclicos en la producción industrial de seis a nueve meses, por adelantado. **Índice de precios al consumidor:** mide los cambios en el porcentaje de precios de venta de una canasta fija de bienes y servicios. **Balanza de cuenta corriente:** en billones de dólares, no se ajusta por temporada, excepto en el caso de E.U.A. **Tasa de desempleo:** porcentaje de la fuerza de trabajo-Estándar OIT de la tasa de desempleo; en el caso de México corresponde a una definición nacional. **Tasa de interés:** tres meses.

Fuente: OCDE/OECD, Main Economic Indicators, marzo 1998.  
Información proporcionada por el Centro de la OCDE en México



Chiapas y el EZLN  
Los partidos políticos y la CONAI





